

te modo especial pasó una vida muy austera, no comiendo más que dos veces á la semana, no tomando otro alimento que pan de cebada y habas cocidas sin ningun aderezo, y no bebiendo más que agua. Hacia oracion continuamente, su humildad era profunda, y su paciencia tan generosa, que jamas respondió sino con du'zura á las calumniosas acusaciones con que se procuró por mucho tiempo manchar su virtud. San German la vindicó de sus enemigos, sacando acerrimamente en su defensa, quando volvió á pasar por París en su segundo viage de Inglaterra. Habiendo asolado ya Atila, rey de los hunos, parte de las Galias, fué á sitiar aquella capital, cuyos habitantes alarmados se preparaban á buscar un asilo en las plazas que les parecian mas fuertes; pero Genoveva los disuadió de ello, asegurándoles, que no seria tomada la ciudad, y que ll garian á ser presa de los bárbaros si se refugiaban á aquellos parages donde esperaban hallar mas seguridad, porque serian saqueados. No querian creerla, y la trataban de visionaria; aunque de repente se mudó de dictamen, quando se vió llegar al arcediano de Auxerre, que le llevaba presentes de parte de san German. El suceso verificó la prediccion, y desde entónces logró hasta el fin de su vida la confianza y veneracion que merecia. El don de milagros, y el espíritu de profecía fueron la recompensa de sus virtudes. Su fama se extendió hasta los países mas remotos, y al pronunciar su nombre se inclinaba san Simon Stilita desde lo alto de su columna, y encargaba á los mercaderes que iban de las Galias al Oriente, que le encomendasen á sus oraciones. A pesar de los ayunos y austeridades llegó á la edad de cerca de noventa años, no habiendo muerto hasta los primeros dias del año 511 ó 512. A instancias de santa Clotilde empezó Clodoveo á levantar sobre su sepulcro una Iglesia, que luego llegó á ser de las mas célebres por el gran número de milagros que obró Dios en ella. Aunque al principio fué conocida por el nombre de Iglesia de los apóstoles san Pedro y san Pablo, hoy tiene el de santa Genoveva, cuyas reliquias se conservan con singular veneracion. Los beneficios que el cielo continua haciendo á los que van á implorar su bondad por la intercesion de esta ilustre vírgen, atraen todavía en estos tiempos á aquel parage mucho concurso, no obstante lo que se ha resfriado la piedad, y los progresos que hizo la ir-

religion. Nuestros reyes y nuestros magistrados han dado muchas veces exemplo al pueblo de una confianza tan justa, y de una devoción tan legítima, postrándose frecuentemente á los pies de Genoveva, y solicitando su mediacion para con Dios, sin temer los clamores de la incredulidad por adornar con testimonios piadosos las paredes del templo en que descansan sus preciosas cenizas.

ARTICULO VII.

Autores eclesiásticos, &c.

El sexto siglo fué mucho ménos fecundo en escritos célebres que los precedentes. Ya no se ven en él aquellas grandes lumbreras, que difundian á lo léjos su resplandor, aquellos hombres profundos, aquellos ingenios grandes, que penetraban el secreto de las escrituras, que parecian animados del espíritu de los profetas, y que abrazaban todo el conjunto de doctrina evangélica, para ir explicando sus verdades á los fieles, y tomando su defensa contra los hereges. Antes se empieza á percibir que se han dado algunos pasos hácia los tiempos de ignorancia y de barbarie, y se ve adelantarse ya la nube que presto va á cubrirlo todo. Pero recojamos con cuidado las pocas riquezas que todavía se poseian.

San Fulgencio, que nació en Cartago en el quinto siglo, ilustró el sexto con sus escritos y por su raro talento para instruir. Era de un nacimiento ilustre, y su padre, á quien perdió temprano, le dexó grandes bienes; habiendo recibido igualmente una educacion correspondiente á su clase y á su fortuna. Con estas ventajas juntas á mucho entendimiento y á un caracter propio para ganar los corazones, podia Fulgencio pretender qualquiera cosa en el mundo; pero estimaba poco sus favores para buscarlos, y no aguardó experimentar sus injusticias para dexarlo. Renunció, pues, todo lo que poseia y lo que naturalmente podia prometerse por abrazar una vida austera y oculta en Dios. Aunque delicado, jóven, y criado en la abundancia, no tuvieron las prácticas mas duras de la institucion monástica cosa que le espantase, y se puso baxo la conducta de los hombres mas consumados en la ciencia de los santos, y de mas experiencia en el camino de la piedad. Concibió asimismo el deseo de elevarse á mayor perfeccion,

con cuya mira se puso en camino para Egipto, para estar al lado de aquellos grandes modelos de virtudes, de que con tanta admiracion habla Casiano; pero le disuadieron de este pensamiento los prudentes consejos de un santo obispo de Sicilia, que le representó el riesgo á que iba á exponerse. Con efecto, los monges de que queria hacerse discípulo, es cierto que eran mortificados y penitentes; mas tenian la desgracia de vivir en la heregía y en el cisma, estando separados de la comunión de san Pedro. Bastaba esto para quitar á Fulgencio el designio de tomarlos por guías, y así resolvió volver á Africa, aunque quiso ántes visitar el sepulcro de los apóstoles en Roma. A la vuelta fué ordenado de sacerdote en su patria, quando ménos lo pensaba; pero se creia libre del temor de ser elevado contra su voluntad á dignidades superiores por las circunstancias en que se hallaba la Iglesia de Africa, en la que por aquel tiempo habia prohibido Trasamundo con mucha severidad las ordenaciones entre los católicos. Habiendo resuelto los obispos no diferir mas á unas órdenes tan perjudiciales á la Iglesia, se ocultó Fulgencio con tanto cuidado, que no se le pudo descubrir, y volvió á parecer luego que supo que todas las sillas estaban ocupadas; pero los habitantes de la ciudad de Ruspa, que habia quedado sin obispo, fueron á sorprenderle, le arrebataron, y le hicieron consagrar á pesar de su resistencia. En el nuevo estado conservó el vestido, las costumbres, y la observancia de la vida monástica. Apenas comenzaba á conocer su rebaño, quando fué separado de él por orden de Trasamundo, que mandó le condujesen á Cerdeña con los demas obispos desterrados, los cuales sufriendo por la fe con un valor digno de los tiempos apostólicos, atraian hácia sí la atención de toda la Iglesia. Se consultaba con ellos de todas partes, y á san Fulgencio, que por su sabiduría y prudencia era el alma de sus deliberaciones, se le encargaba siempre que respondiese en su nombre; lo que fué origen en gran parte de las obras que de él conservamos. Durante este destierro le hizo volver Trasamundo á Cartago, dándole orden de que satisficiera á las dificultades de los arrianos, para lo qual le dexó muy corto tiempo. Pero el santo doctor las resolvió con tanta fuerza y solidez, que confundidos los arrianos, empeñaron al príncipe para que le volviese á enviar al lugar

de su destierro; en donde permaneció hasta que se restituyó la paz á las iglesias de Africa. Despues de su vuelta no cesó de trabajar con sus compañeros en la conversion de los arrianos, y en el restablecimiento de la disciplina. Por su sabiduría y prudencia consumada fué, como san Agustin en su tiempo, el alma de los concilios, el órgano de la verdad, el escudo de la fe, y el modelo de todas las virtudes. Tantos trabajos terminaron en una muerte santa el 1.º de Enero del año de 533. En sus obras se nota mucha sagacidad para desenredar los racionios sutiles y artificiosos de los hereges. Tiene tambien orden, fuerza, y elevacion quando es menester. Era naturalmente eloquente, y se dexa ver por la claridad de su estilo, y por la explicacion libre y facil que da á sus pensamientos, que en un siglo mejor hubiera sido un orador excelente, y un escritor culto. Sus principales escritos son contra los enemigos de la gracia, y del Verbo divino, cuyos dogmas conocia á fondo; habiéndolos estudiado principalmente en las obras de san Agustin, y siendo de todos los discípulos de este padre el que mejor ha comprendido su doctrina, y el que lá ha explicado con mas claridad.

Casiodoro nació en Calabria hácia el año de 470 de una familia muy ilustre, y fué un gran estadista, un filósofo sabio, y un personage muy virtuoso. Despues de haber sido consul, prefecto del pretorio, principal ministro de Teodorico, rey de los godos, y de haber servido con buen suceso baxo quatro príncipes, se disgustó del mundo, y se retiró á la soledad de edad de setenta años. En una de sus tierras edificó un monasterio vasto y cómodo, en que reunió un gran número de discípulos. Allí se veia todo lo que la física de aquel tiempo producía mas curioso, como quadrantes solares, relojes de agua, lámparas perpetuas; pero lo mas precioso era una rica y numerosa biblioteca que habia colocado en aquel parage. La autoridad de que habia sido depositario, y las riquezas, que eran proporcionadas á su clase y empleos, le habian facilitado el reunir libros de todos géneros; lo que entónces no se lograba sino á costa de mucho gasto y cuidado. Casiodoro, que no habia poseido los suyos como un mueble de vanidad y ostentación, segun suele suceder en los ricos y en los grandes, queria que sus discípulos aprendiesen á servirse de ellos con utilidad, para lo que quiso ser él mismo su

guia, y les dispuso en sus instituciones un método, que creyó propio para dirigirlos en sus estudios. Esta es su principal obra y el mejor fruto de su retiro. En ella recorre todas las ciencias y todas las artes, el estudio de la sagrada escritura (que es su principal objeto, al qual refiere todos los demas) la teología, la historia, la moral, la gramática, la retórica, la lógica, la aritmética, la geometría, la música, la astronomía, y la agricultura. Sobre cada materia señala los libros que se deben consultar ó leer, y que estaban en la biblioteca del monasterio. En el artículo de la historia hace mencion de una obra compuesta segun sus deseos por un amigo suyo, llamado Epifanio, la qual llama historia tripartita: y era una traduccion de los tres historiadores eclesiásticos, Sócrates, Sozomeno y Teodoreto, hecha del griego para servir de continuacion á la de Rufino, que habia traducido los diez libros de Eusebio, y les habia añadido el undécimo. Desde este tiempo fué la obra mas conocida de los latinos para la historia de los primeros siglos de la Iglesia. Casiodoro acabó santamente su vida en el lugar de su retiro el año de 565, y el 93 de su edad.

Boecio merece por mas títulos que uno el ser colocado entre los escritores eclesiásticos de este siglo; pues, ademas del zelo que siempre mostró por la fe católica contra los arrianos, nos ha dexado dos obras teológicas muy sabias y de mucho racionio: la una sobre las dos naturalezas en Jesu-christo, en la qual combate los errores de Nestorio y de Eutichês: la otra sobre la Trinidad, en donde prueba que la Trinidad es un solo Dios y no tres dioses. Nació Boecio en Pavia de una de las mas ilustres casas de Roma; y habiendo ido á estudiar á Atenas, se habilitó en todas las ciencias, principalmente en la filosofia. Abrazó las opiniones de Aristóteles, y fué el primero de los latinos que ha intentado aplicar á la teología el método y los principios de este filósofo. Se aventajaba en la eloqüencia, por lo que, y por su talento, se le escogió para hacer el panegírico de Teodorico en nombre del senado, quando este príncipe entró en Roma el año de 500. No era ménos sobresaliente en la poesía, como se ve en los trozos poéticos que ha insertado en su obra intitulada: *de la Consolacion de la filosofia*. Despues de haber sido tres veces cónsul, llegó á ser sospechoso al rey Teodorico, que man-

dó prenderle juntamente con Simmaco su suegro. Le acusaban ante este príncipe de tener inteligencias con el emperador, y de trabajar con los principales del senado en substraer á Roma del poder de los godos con el socorro de los griegos. Fué puesto en prision, y al cabo de seis meses le cortaron la cabeza por orden de Teodorico el año de 524. Mientras estuvo preso compuso su obra de la consolacion para suavizar el rigor de su infortunio; y es lo mas hermoso y mejor pensado que ha producido el sexto siglo, tanto por el fondo de las cosas como por el modo de decirlas. En esta obra habla con dignidad de Dios, de su providencia y de sus principales atributos; reconociéndose desde el principio hasta el fin el language de una alma firme y de un corazon virtuoso.

Dionisio, llamado por sobrenombre el Pequeño, por causa de su estatura que era mucho ménos que mediana, nació en la Escitia, aunque no tuvo nada de bárbaro en el carácter, siendo sus costumbres de un romano. Habiendo ido á Roma, fué elevado al sacerdocio y encargado de la direccion de un monasterio, con el título de abad. Casiodoro que le profesaba una amistad muy estrecha, hace un gran elogio de su saber; y segun su testimonio, sus conocimientos abrazaban diversas materias. Sobre todo, estaba muy versado en la dialéctica, la astronomía y la ciencia del cálculo: sabia perfectamente las lenguas griega y romana, y se exercitaba con suma facilidad en traducir de repente del griego al latin, y del latin al griego. A este talento se debió una version del código de los cánones eclesiásticos, mas exácta y mas amplia que la de que se servian antes de él. Tambien traduxo la carta que Proclo, patriarca de Constantinopla, escribió á los armenios sobre aquella proposicion entónces tan controvertida: *uno de la Trinidad ha sufrido*. Dionisio le añadió un prefacio, en el qual justifica esta proposicion, y muestra su utilidad en el language comun de la fe contra los nestorianos. Hizo asimismo una coleccion de todas las decretales de los papas que pudo reunir desde Siricio hasta Anastasio. Pero la obra por la que es mas conocido es el Ciclo Pascual, de noventa y cinco años, que formó para que sirviese de continuacion al de san Cirilo, que acababa en el año de 531: con la diferencia, de que san Cirilo ha-

bia tomado por época la era de Diocleciano, y Dionisio el Pequeño hizo subir su cálculo al nacimiento de Jesu-christo, que es la era de la Encarnacion, de que hoy nos servimos. Los cronologistas al verificar su cálculo han reconocido que se habia engañado, y que habia retardado este grande acontecimiento tres años y seis dias; de suerte, que segun él, la Encarnacion cae al principio del año 4004 del mundo, en lugar del año 4000, que es su verdadera época.

San Gregorio de Tours, que nació en Auvernia de una familia distinguida por su clase y por su piedad hacia el año de 544, fué educado baxo el cuidado de su tio san Galo, obispo de Clermont. Entró temprano en la clereatura, y se ordenó de diácono luego que llegó á la edad precisa por los cánones. Tenia cerca de treinta años quando, por votos unánimes de todos los que tenían derecho á la eleccion, fué electo obispo de Tours, en cuya ciudad era conocido, fuese porque habia hecho algun viage á ella por devocion al sepulcro de san Martin, segun el uso de aquel tiempo, ó porque se habia extendido allí la reputacion que habia adquirido por su ciencia y por su mérito. El rey Sigeberto, á quien pertenecia la ciudad de Tours, le forzó á aceptar el cargo que se le imponia, y de miedo de que huyese dispuso que le consagrasen al instante. En los concilios á que asistió, y en los negocios eclesiásticos en que tomó parte, dió pruebas grandes de su prudencia y de su saber. La mas conocida de las obras que nos quedan de él es su historia, dividida en diez libros; que es la fuente de donde se saca el conocimiento de los primeros tiempos de la monarquía francesa, y de los hechos relativos á la historia de las iglesias esparcidas en todas las partes de la Galia, especialmente de las que todavia pertenecen hoy á la Francia. Por desgracia esta fuente no siempre es tan pura como seria de desear; porque san Gregorio carecia de crítica, y esto le hacia admitir sin exámen muchos hechos dudosos, y aun supuestos, que deslucen su obra. Bastaba que una cosa tuviese visos de maravillosa para que le diese lugar en su relacion; pero esta es ménos falta suya que de su siglo; y lo mismo se debe decir de su estilo, que es de un rodeo embarazoso y de mal latin. A pesar de estos defectos, pasa con razon san Gre-

gorio Turonense por el padre de la historia de Francia. Murió santamente el año de 595, á los cincuenta y dos de edad, y veinte y dos de obispo, habiéndole hecho poner sus virtudes y sus milagros en el número de los mas santos obispos de su tiempo.

San Juan, por sobrenombre *Climaco*, nació en Palestina el año de 523. A la edad de diez y seis años se retiró al monasterio del Monte-Sinai, aunque no fué admitido á la profesion hasta despues de algunos mas; porque la prudencia de los superiores sin duda aguardaba que la razon y la experiencia le asegurasen en su resolucion. Quarenta años habia que se exercitaba en las prácticas mas penosas de la vida solitaria, quando contra su voluntad le eligieron abad del Monte-Sinai, cuyo monasterio solo gobernó por espacio de quatro años, despues de los quales quiso volver á su celdilla, sin que fuesen capaces á hacerle mudar de determinacion los ruegos ni las lágrimas de sus religiosos. Se cree que en este retiro fué en donde compuso la excelente obra intitulada, la Escala, en griego *Climax*, de donde le ha venido el sobrenombre de Climaco; cuya obra emprendió á instancias del abad Juan, que gobernaba el monasterio de Raita, el qual le habia pedido algun tratado de piedad, que sirviese de instruccion á los monges. Se divide en treinta grados, que son como otros tantos escalones pare elevarse poco á poco á las mas sublimes virtudes. Baxo esta division recorre todos los estados de la vida interior, desde la primera separacion del mundo hasta la mas alta perfeccion. Caracteriza todas las virtudes con los rasgos propios de cada una: señala sus principios, sus progresos y su consumacion, que consiste en el olvido interior de sí mismo y en la íntima union con Dios: apoya por todas partes los preceptos con exemplos sacados de la vida de los mas santos monges, y de la práctica de los hombres mas consumados en la ciencia de la salvacion. Entre estos pasages de historia hay cosas al parecer mas dignas de admirarse que de servir de imitacion, entre otras lo que cuenta del monasterio de la Prision. Es espantosa la pintura que hace de él; y si se juzgase segun nuestras ideas, se tendria mas bien á los habitantes de este horrible calabozo por reos entregados á la desesperacion, que por penitentes que se esfuerzan en satisfacer á la justicia de Dios, sin perder la confianza en su

misericordia (a). San Juan Climaco no murió hasta principios del séptimo siglo en el año de 605, de edad de ochenta años.

Hubo también en este siglo algunos escritores ménos notables, y otros cuyas obras no han llegado á nosotros. Tales son san Efren, patriarca de Antioquía, que habia escrito muchos tratados en defensa del concilio calcedonense, de san Cirilo, y de san Leon contra los eutichianos ó defensores de los tres capitulos: san Eulogio patriarca de Alexandria, que habia tomado la pluma para combatir los errores que corrían en Oriente, cuyos extractos nos ha conservado Phocio: Venancio Fortunato, sacerdote, ó como otros pretenden, obispo de Poitiers, el qual ha hecho un poema en quatro libros sobre la vida de san Martin Turonense, y otras poesías piadosas en que hay armonía, pero poco entusiasmo, poca invencion, y aun ménos estilo: finalmente Procopio de Gaza, que ha encadenado los padres griegos y latinos anteriores á su tiempo, que trataban sobre los ocho primeros libros de la sagrada Escritura. Este género de compilaciones empezaban á ser de uso, y anunciaban la esterilidad de los entendimientos, porque los hombres apenas se ocupan en compilar, sino quando no se hallan en estado de producir (b).

(a) Para evitar qualquiera mala inteligencia el V. P. Fr. Luis de Granada en la traduccion que hizo de esta obra, de que hay varias ediciones, puso unas anotaciones á este capitulo; reflexionando que aunque esto parece increíble considerada la flaqueza humana, no lo es en los que se hallan penetrados de un espíritu divino y de una verdadera penitencia. Con el mismo objeto de apartar todo inconveniente puso anotaciones á otros varios capitulos, y en otros suprimió ó usó de paráfrasis, segun él mismo dice en el prólogo.

(b) Entre los escritores eclesiásticos de este siglo, en que la España no cedia en luces al resto de la Europa, deben asimismo ocupar distinguida memoria Orencio, poeta español y obispo eliberitano, que escribió un *Compendio* en dísticos para los fieles, impreso en Salamanca en 1599, y en otras partes; y se halla aumentado en un manuscrito antiguo de la Iglesia de san Martin de Tours, con otros versos de *Nativitate Domini*, de *Trinitate*, y de *Nominibus Domini*, que se imprimió en Witemberg en 1706. Véase al *vario Castro*, biblioteca española tom. II.

Apricio, obispo de Badajoz, escribió una exposicion del Apocalipsis. *Castro idem*.

Liciniano, obispo de Cartagena, fué docto en las sagradas Escrituras, escribió algunas cartas que tratan de los Sacramentos, otras á Eutropio, obispo de Valencia, y una al papa Gregorio, de que hay un fragmento en la Iglesia de Oviedo, y también escribió contra el apóstata Vincencio, *Castro bib. esp. tom. II.*

ARTICULO VIII.

Costumbres generales, usos, disciplina.

Las costumbres de este siglo fueron casi iguales á las del precedente; diferenciándose solo en que caminaban á una corrupcion mas notable y mas universal. En el Occidente la mezcla de los bárbaros con los antiguos habitantes, las continuas guerras, la diversidad de cultos, la poca autoridad y libertad de los obispos baxo príncipes arrianos, el modo de redimir los delitos con dinero, eran causas muy activas y muy multiplicadas para no producir los mas funestos efectos. Habia dificultad para juntar los concilios; y sus reglamentos, por mas sabios y necesarios que fuesen, quedaban regularmente sin execucion, porque se sabia substraerse de ellos con impunidad. Unos pueblos, que mediante algunas monedas podian redimir una injuria, un ro-

Severo, obispo de Málaga, compañero y amigo de Liciniano, escribió un libro contra Vicente, obispo de Zaragoza, que defendia los errores de los arrianos; y otro, dirigido á su hermana, sobre la virginidad, intitulado, *annulus*. Fabricio le hace discípulo de san Donato; y dice que algunos le atribuyen el sermón 74 y siguientes de san Pedro Crisólogo. *Castro bib. esp. tom. 2.*

San Eutropio, obispo de Valencia, que floreció en tiempo de Leovigildo y Recaredo, fué abad del monasterio Servitano, arregló los negocios del concilio III. de Toledo en compañía de san Leandro, escribió una carta á Liciniano, preguntándole por qué se pone el crisma á los niños que se bautizaban; y otra á Pedro obispo lucaviense, de *Distinctione monachorum*, que se halla en el catálogo de los escritores eclesiásticos de Honorio Augustadumense, variado el título de *Distinctione*, y en la biblioteca de los padres antiguos en Leon de Francia 1676. *Morales y Castro bib. esp. tom. 2.*

San Leandro, arzobispo de Sevilla, y hermano de san Fulgencio, san Isidoro y santa Florentina, salió de monje para arzobispo. Escribió dos libros contra los arrianos: otro en respuesta á los institutos de estos, rebatiéndolos con razones: otro sobre la *institucion de las virgenes y menosprecio del mundo*, dirigido á su hermana santa Florentina, que se imprimió en Valladolid, Toledo y en Roma en 1661, y se conserva manuscrito en Oviedo, Toledo, el Escorial, y san Millan: y otro á su hermano san Fulgencio, obispo de Astigi, (hoy Ecija) de *contemptu mortis*: homilias, himnos y oraciones en el breviario gótico. Estuvo desterrado en Constantinopla, de donde volvió en 585, un año antes del fallecimiento de Leovigildo; y en 589 presidió como legado del papa el concilio Toledano III. de 72 obispos, congregados para celebrar la conversion de Recaredo del Arrianismo á la fe católica, que se debió á su apostólico zelo, y de que dió parte á san Gregorio papa, y éste le respondió con particular afecto, remitiéndole el palio papa, y éste le usó en las misas solemnes, y finalmente juntó el concilio I. de Sevilla, en el que ordenó muchas cosas para el bien de la cristiandad, y murió